

La Princesa Copo de Nieve

En una montaña muy, muy alta, bajo el mismo cielo, entre nieves eternas, se alza el palacio de cristal del zar Frío. Está construido enteramente de hielo purísimo, y todo en él, desde los amplios divanes, sillones, mesas talladas, espejos, hasta las pendientes de las lámparas de araña, todo es de hielo.

El padre zar es severo y sombrío. Sus cejas canosas cuelgan sobre sus ojos, y esos ojos son tales que quienquiera que los mire queda traspasado por un frío punzante. La barba del zar es completamente blanca, y en ella parecen enredados destellos de piedras preciosas, brillando toda ella con chispas de gemas multicolores.

Pero más hermosa que la barba del zar, más hermoso que su alto palacio, más hermosos que todos los tesoros, son las tres hijas del zar, las tres bellas zarevnas: Ventisca, Escarcha y Carámbano.

La zarevna Ventisca tiene ojos negros y una voz tan clara que se oye lejos, allá abajo en los valles. La zarevna Ventisca está siempre extremadamente alegre y baila y canta todo el día.

La zarevna del medio, Escarcha, no cede en belleza a su hermana mayor, solo que es orgullosa y altanera; no dirige una palabra amable a nadie, ni hace un gesto de cabeza a ninguno, y camina, esbelta y sonrosada, por su torreón, plenamente satisfecha de su belleza, sin abrir su corazón a nadie.

En cambio, la hermana menor, la zarevna Carámbano, es totalmente distinta: habladora, locuaz y tan hermosa que, al verla, hasta los ojos del terrible zar Frío se encienden de ternura, sus cejas canosas se distienden y una sonrisa bondadosa y cariñosa resbala por su rostro. El zar admira a su hija, la ama y la mima tanto que las zarevnas mayores se ofenden y se enfadan con él por ello.

—Carámbano es la favorita de papá —dicen ellas con envidia.

Y qué belleza ha nacido la zarevna menor, una belleza tal que no se hallaría otra igual en todo el Reino de Hielo.

Los rizos de la zarevna son plata pura. Sus ojos son como zafiros azules y como diamantes de múltiples colores. Sus labios son rojos como la flor de una rosa en el valle, y ella misma es toda delicada y frágil, como una preciosa escultura del mejor cristal.

Cuando Carámbano mira a alguien con sus ojos azules y radiantes, cada cual estaría dispuesto a dar su vida por una sola de esas miradas.

Las zarevnas viven alegremente en su alto torreón. Durante el día bailan, juegan y escuchan los maravillosos cuentos de la zarevna mayor, Ventisca, y por la noche salen de caza tras leopardos y ciervos.

Y entonces por todas las montañas y desfiladeros se levanta tal estruendo y ruido, que la gente, aterrada por ese шум, huye apresuradamente de las montañas y del bosque hacia sus hogares.

Solo les está permitido a las zarevnas salir de casa por la noche. De día no se atreven a asomarse del torreón, pues el zar Frío y sus bellas hijas tienen un enemigo peligroso y temible.

Este enemigo es el rey Sol, que vive en un alto torreón, más alto aún que el palacio del zar Frío, y envía una y otra vez a su hueste contra el Reino de Hielo, manda constantemente a sus Rayos para averiguar y explorar cómo vencer más fácil y mejor a su invencible enemigo: el zar Frío. Y su enemistad es antigua, vieja. Desde que se construyó el palacio de cristal sobre el peñasco, desde que las abejas comenzaron a volar por los valles en busca de miel, desde que las flores empezaron a colorear el bosque y el campo, desde entonces surgió entre el zar Frío y el rey Sol esta enemistad a muerte.

El zar Frío vigila estrictamente que el astuto rey no logre penetrar de algún modo en su morada real, ni quemar con su fuego fatal ni a sus hijas ni al propio palacio de hielo cristalino.

Día y noche hay guardia de centinela alrededor del palacio real, y se le ha ordenado estrictamente vigilar que ninguno de los Rayos-guerreros del rey Sol penetre allí. Y a las zarevnas les está terminantemente prohibido salir de día del palacio, para que de ningún modo encuentren casualmente al rey.

He aquí por qué, durante todo el día, mientras el terrible rey pasea por sus dominios y los ajenos, las bellas zarevnas permanecen sentadas en el torreón ensartando collares de perlas, tejiendo hilos de diamantes y componiendo maravillosos cuentos y canciones. Pero cuando llega la noche, las estrellas doradas salpican el cielo y la clara luna emerge de entre las nubes, entonces salen ellas del torreón de cristal y galopan hacia las montañas para perseguir leopardos y ciervos.

Pero no han de pasar las zarevnas toda la vida persiguiendo leopardos y ciervos, contando estrellas, trazando hilos de diamantes y componiendo maravillosas canciones y cuentos.

Ha llegado el tiempo de casar a las zarevnas.

El zar Frío llamó a sus tres hijas ante sí y dijo:

—¡Hijas mías! No habéis de permanecer siempre en vuestro torreón natal bajo el ala paterna. Os casaré con tres hermosos príncipes de nuestra tierra, tres hermanos propios. A ti, zarevna Escarcha, te daré por esposo al príncipe Helada, de mejillas sonrosadas; él posee riquezas inmensas de pendientes y adornos preciosos. Te colmará de tesoros incontables. Serás la princesa más rica del mundo. A ti, zarevna Ventisca, te daré por esposo al príncipe Viento. No es tan rico como su hermano Helada, pero en cambio es tan poderoso y fuerte que no tiene igual en el mundo en poderío y fuerza. Él será para ti un buen esposo protector. Quédate tranquila, hija mía. Y a ti, mi favorita —dijo el viejo zar con una sonrisa cariñosa dirigiéndose a su hija menor, Carámbano—, te daré un esposo que más te conviene. Es cierto que no es tan poderoso como el príncipe Viento ni tan rico como el príncipe Helada, pero en cambio se distingue por una bondad y mansedumbre indescriptibles e ilimitadas. El príncipe Nieve es tu prometido elegido. Todos lo aman, todos lo honran. Y no en vano acaricia a todos, cubriéndolos con su blanco manto. Las flores, las hierbas y los briznas de pasto se sienten en invierno bajo su manto como bajo una cálida edredón de plumas. Es bueno y cariñoso, manso y tierno. Y un corazón bueno y cariñoso vale más que todos los poderes y riquezas del mundo entero.

Las zarevnas mayores se inclinaron profundamente ante su padre, pero la menor frunció los labios, arrugó las cejas y murmuró entre dientes con voz disgustada:

—No has pensado bien, padre-zar. Has buscado para mí, tu hija favorita, el pretendiente menos deseable. ¿De qué sirve que el príncipe Nieve sea bueno y cariñoso si no puede regalarme adornos preciosos como Helada a mi hermana Escarcha, ni luchar a muerte, como el príncipe Viento, contra los enemigos y vencerlos a todos con su fuerza? Además, ¡sus hermanos mayores tienen tanto poder sobre él! El Viento lo hace girar y dar vueltas a su antojo, y el príncipe Helada puede dejarlo clavado en un sitio con un solo movimiento de mano, y sin su permiso el pobre príncipe Nieve no es capaz ni de moverse.

—¡Pues eso mismo es bueno! —exclamó el zar, frunciendo sus cejas canosas—. El príncipe Nieve es el menor de los hermanos, y la obediencia a los mayores es una de las mejores virtudes de un joven príncipe.

Pero la zarevna insiste en lo suyo:

—No me gusta el príncipe Nieve, padre, ¡no quiero casarme con él!

Se enfureció, se irritó el zar Frío. Sopló a la derecha, sopló a la izquierda. Crujieron los hielos-glaciares, se heló la tierra. Todos los animales de piel espesa, aterrados, se escondieron en sus madrigueras, y el viejo águila montañés alzó sus alas, pero al instante quedó congelado en el aire.

Y el zar Frío, rugiendo con su voz terrible contra su hija menor, gritó:

—¿Qué sabes tú, Carámbano? No podrías encontrar tú misma un marido mejor. ¡Y no te atrevas a ser terca! Ve a tu torreón y prepárate adecuadamente para recibir esta noche al prometido. Para el baile de hoy he invitado al palacio a los tres príncipes.

Amargamente lloró la zarevna, pero no se atrevió a desobedecer al padre-zar y, con la cabeza gacha, se arrastró hacia su torreón.

Se sentó la zarevna en un rincón, dejando caer lágrimas plateadas de sus ojos azules, y al instante esas lágrimas se transforman en hermosas gotitas de diamante sobre sus mejillas.

Recogió la zarevna las lágrimas de diamante en el hueco de su mano, las mira y piensa: «Estos son los tesoros que debo recoger ahora, porque mi prometido no tiene nada y yo misma, con mis propias lágrimas, debo crear mi riqueza».

¡Zarevna tontuela! No sabía que no es la riqueza lo que constituye la verdadera felicidad de todo ser.

Y de pronto ve la zarevna que las lágrimas de diamante en su palma comienzan a jugar con luces maravillosas. Levanta la cabeza asustada y ve que por la ventana de su torreón la observa un muchacho hermoso, tan luminoso y alegre como nunca antes había visto.

—¿Quién eres? —exclamó la zarevna, saltando de su asiento y corriendo hacia la ventana.

—Soy sirviente de un joven rey, que es hermoso como el día, poderoso como el águila montañés y rico como tres zares Frío juntos.

—¿Más rico que mi padre e incluso que el príncipe Helada? —exclamó la zarevna, sorprendida.

—¡Tu príncipe Helada es simplemente un mendigo frente a nuestro señor! —dijo el muchacho con burla.

—¿Y cómo se llama tu rey? —preguntó interesada la bella.

—¡Se llama rey Sol! —respondió orgullosamente el muchacho.

Apenas hubo pronunciado estas

palabras, cuando la princesa, gritando, se apartó de la ventana y, cubriéndose el rostro con las manos horrorizada, exclamó:

—¡Vete! ¡Vete! Sé quién eres. Eres el muchacho Rayo, uno de aquellos que el rey Sol envía en guerra contra nuestro reino. ¿Cómo te has atrevido y logrado penetrar aquí, cuando alrededor de nuestro palacio hay guardia?

El muchacho Rayo solo sonrió en respuesta con sus ojos brillantes.

—Todos los vuestros están ahora ocupados preparándose para el baile. Vuestras guardias, los Céfiros, han volado en todas direcciones con invitaciones para los huéspedes. Yo aproveché esto y, como el más pequeño de los servidores de mi rey, penetré en tu torre. ¿Qué dices a esto, princesa Carámbano?

—¡Solo diré una cosa! —exclamó la princesa, pisoteando furiosa con su piececito—. ¡Solo diré una cosa: tu rey es nuestro enemigo jurado, y ahora mismo gritaré a la guardia, que acudirá a capturarte.

—¡No te apresures, princesa! —respondió el muchacho Rayo con voz tranquila—. Bien, me capturas, ¿y luego qué? ¿Girarás como una cabritilla tonta en el baile con tu prometido Nieve, y eso si los príncipes mayores le permiten girar: Escarcha y Viento? ¿Y luego te entregarán en matrimonio al pobre príncipe, su hermano menor, y vivirás tu larga vida sin ver ni lujo ni poder ni riqueza, tú, la más hermosa de las princesas? Mientras tanto, tus hermanas se glorificarán mediante sus maridos. A ellas les esperan riqueza y poder.

—¡Ah, verdad dices, muchacho Rayo —dijo Carámbano—, verdadera verdad! Y bajó tristemente su hermosa cabecita.

El muchacho Rayo la miró largamente en silencio. Por su rostro pasó una sonrisa astuta.

—¡No te aflijas, hermosa Carámbano! —dijo él con la vocecita más cariñosa—. No en vano penetré en tu torre. Vine aquí con el propósito de pedirte en matrimonio para un novio tan noble, tan rico, que tus hermanas reventarán de envidia al saberlo. ¿Quieres ser esposa del propio rey Sol, mi señor?

La princesa Carámbano incluso se quedó helada de horror al oír esto. Durante mucho tiempo no pudo pronunciar palabra, y cuando volvió a hablar, su voz temblaba de emoción y miedo.

—No, no. El rey Sol es nuestro enemigo. No en vano mi padre, el zar Frío, nos oculta a todas de él por todos los medios. El Sol solo busca ocasión de perdernos —concluyó ella con temblor.

—¿Y tú crees eso, pequeña princesa? —rió sonoramente Rayo—. Todo eso es absurdo: el rey Sol es el mejor de los reyes del universo. Es cuidadoso y cariñoso como una madre tierna. Si el zar Frío no quiso que os familiarizara con él, fue solo para que tú y tus hermanas no vierais que él mismo, vuestro poderoso soberano y padre, es mucho más débil que el gran rey Sol...

—¡Así que es eso! —dijo pensativa la princesa—. Y yo pensaba... ¿Por qué entonces hace la guerra a papá? —expresó de pronto la idea que le había cruzado la mente.

—¿Por qué? ¡Ahora lo sabrás!... —rió sonoramente el Rayo solar—. El rey Sol te ama y quiere tomarte por esposa, pero tu padre se opone a ello. No le conviene que su yerno sea más noble que él.

—Ahora lo entiendo —murmuró suavemente la princesa—, lo entiendo todo... ¿Y si realmente me caso con el Sol, me coserá adornos y vestidos iguales a los que Escarcha hará para mi hermanita Helada?

—¡Mi rey te vestirá cien veces más hermosa y ricamente, princesa! —afirmó con seguridad el muchacho Rayo.

—Bien, entonces estoy dispuesta a ser esposa de tu rey —dijo alegremente Carámbano—. ¡Imagino cómo me envidiarán mis hermanas y el propio zar-padre cuando me vean como la reina más rica y noble del mundo!

Y la princesa Carámbano se enderezó orgullosa y lanzó al muchacho Rayo una mirada tal, como si ya fuera su reina y él su súbdito.

—Pues excelente, vuestra alteza, mi futura reina —dijo Rayo con una profunda reverencia—. Así pensé que erais la princesa más inteligente del mundo y pronto comprenderíais a quienes sinceramente desean vuestro bien —añadió con una sonrisa fina—. ¿Y ahora, no os dignaríais seguirme?

—¿Adónde? —preguntó asustada la princesa.

—¡Al reino del rey Sol, mi señor! —dijo Rayo con otra reverencia.

A la princesa Carámbano le gustó mucho ese trato tan respetuoso. Le encantaba la adulación.

El muchacho Rayo dio una palmada, y al instante apareció ante ella un ligero carruaje color de aurora matutina, tejido con pétalos de rosas. Dos abejitas gigantes y peludas lo tiraban.

—Subid pronto, princesa —la apremiaba el muchacho Rayo, ocupando en un minuto el lugar en el pescante—, pues nuestros caballos, hijos de los días solares, se congelarán en vuestro frío reino.

Carámbano no se hizo rogar por segunda vez. La nobleza, el poder y la riqueza que le sonreían en un futuro muy cercano la hicieron saltar alegre y ligeramente al carruaje rosa, y partieron veloces.

La guardia atónita del palacio de hielo del zar Frío vio con temor pasar velozmente junto a ella a la princesa, pero apenas tuvo tiempo de dar la alarma. Carámbano y Rayo ya estaban lejos. Les salió al encuentro la abuela Ventisca, envuelta de pies a cabeza en su blanco velo.

Ella amenazaba con su bastón, tratando de cortar el paso a la princesa, y gritaba:

—¡Guárdate, princesa, no escuches palabras aduladoras! Sé obediente a tu padre. ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Pero Rayo solo miró riendo el rostro de la vieja, y ella, con un fuerte maldición, echó a correr montaña arriba con todas sus fuerzas.

Mientras tanto, los blancos glaciares y ventisqueros desaparecieron. Un aroma cálido llegó hasta la princesa. Ante ella apareció un jardín lujoso.

Allí paseaban hadas, aéreas y tiernas como un sueño. Sus largos cabellos resplandecían como oro, sus labios escarlatas sonreían; sus ligeros vestidos, tejidos con pétalos de rosas y lirios, eran de los tonos más delicados. Ligeras y aéreas, volaban danzando en el aire, rozando apenas con sus alas ligeras, que parecían plateadas bajo el brillo del día de mayo.

En un instante, al ver a la princesa aparecer entre ellas, comenzaron a charlar con vocecitas finas y sonoras como flautas:

1ª hada: ¡Qué niña tan bonita!

2ª hada: ¡Nada de bonita! Se ha envuelto en tal calor y parece un trozo de nieve.

3ª hada: ¡Tiene ojos como un lago azul!

4ª hada: ¡Nuestros ojitos multicolores lucen mucho mejor!

5ª hada: No sirve para nada. En belleza no es nada comparada con nosotras.

6ª hada: Es pesada y torpe y no puede girar en el aire como nosotras.

7ª hada: Simplemente un carámbano de hielo, al que no hay lugar en nuestro

maravilloso reino.

8ª hada: Un carámbano feo, y nada más.

Y luego todas las hadas juntas gritaron:

—¡Carámbano! ¡Carámbano! ¡Carámbano!

A la pobre princesa Carámbano le dieron ganas de llorar de dolor y ofensa. Pero sus ojos azules no conocían las lágrimas. Su corazón solo se enfrió aún más. Ahora se llenó hasta los bordes de un orgulloso desprecio hacia las pequeñas hadas por su mala actitud hacia ella. Y dijo orgullosa y en voz alta:

—¡Ajá, ahora os reís de mí, os parezco fea y ridícula, pero cuando sea vuestra soberana, esposa del rey Sol, me haréis profundas reverencias y encontraréis todo en mí hermoso!

Y como si ya saboreara su victoria sobre las hadas burlonas, la princesa Carámbano pasó orgullosa ante ellas, envolviéndolas en frío de pies a cabeza.

—¡Ay, odioso carámbano, qué dice! —gritaron las tiernas hadas y se acercaron amenazantes a la princesa Carámbano, agitando sus alitas justo delante de su rostro.

De repente, un rumor confuso recorrió el luminoso reino. Miles de mariposas multicolores se dispersaron en todas direcciones. Una bandada de alondras se elevó en el aire azul y comenzó a cantar a coro.

¡Ah, qué canción era aquella!

Tal canción nunca había oído en su vida la princesa Carámbano en sus glaciares montañosos. La hermana Tormenta cantaba peor, cien veces peor que las sonoras alondras.

Los muchachos Rayos aparecieron en enorme cantidad y se colocaron en dos filas sobre un prado florido y espléndido.

—¡Viene el rey Sol! ¡Viene el rey Sol! —susurraron alegres las hadas y comenzaron a arreglarse esperando a su joven señor.

Y de pronto todo simultáneamente resplandeció maravillosamente en el luminoso reino. La princesa Carámbano incluso cerró involuntariamente los ojos. Había tanto brillo y luz alrededor, que los ojos dolían.

Inesperadamente apareció en un carruaje de oro un joven de cabellos dorados, de una belleza como jamás había visto Carámbano. Y todo él irradiaba luz; brillaban incluso sus cabellos, sus ojos y sus vestiduras. Sobre sus rizos exuberantes

reposaba una corona de oro, de la cual provenía el resplandor que hería dolorosamente los ojos. Toda una comitiva de muchachos Rayos se apiñaba alrededor.

Todas las hadas, al ver al rey, cayeron de rodillas. Solo la princesa Carámbano avanzó orgullosa. Tras lanzar una mirada altanera sobre la multitud de hadas, miró audazmente al

al hermoso rey y dijo:

—¡Estúpidas, pequeñas, insignificantes hijas del aire se han atrevido a reírse de mí, la poderosa zarina, su futura soberana! Castígalas, rey Sol, castígalas inmediatamente.

El rey alzó tiernamente los ojos hacia la zarina.

—¡Ahora lo veréis! ¡Ahora lo veréis! —exclamó triunfante Lédinka, dirigiéndose a las hadas—. Soy la novia del rey Sol, y debéis inclinarme como a vuestra soberana reina.

Quiso añadir algo más, pero de pronto se detuvo.

Un haz entero de rayos brotó de los dorados ojos del rey Sol. Como agujas al rojo vivo, se clavaron en el rostro de Lédinka.

De su pecho escapó un grito estruendoso; sus piernas flaquearon, sus ojos se cerraron y cayó de espaldas, pálida como la muerte.

Y bajo la mirada ardiente del rey Sol, Lédinka comenzó rápidamente a derretirse, a derretirse...

En las montañas, en los glaciares, el viejo zar Frío sollozaba desesperado al conocer la muerte de su hija. La Escarcha y la Tormenta de Nieve le hacían coro, lamentando a su hermosa hermanita.

Pero Lédinka se había derretido, había muerto por completo, había muerto, quemada por el Sol, por sus ojos dorados.

Ya no quedaba rastro alguno de ella cuando el rey Sol ordenó a las hadas burlonas:

—Tejed coros y cantad canciones. Parto a hacer la guerra al zar Frío y pronto espero celebrar la victoria sobre mi enemigo.

Y las hadas, con alegres cantos, volaron en distintas direcciones llevando la gozosa nueva, mientras los hombres, con sonrisas felices, acogieron la grata noticia de la llegada del Sol, su amado y luminoso rey...

